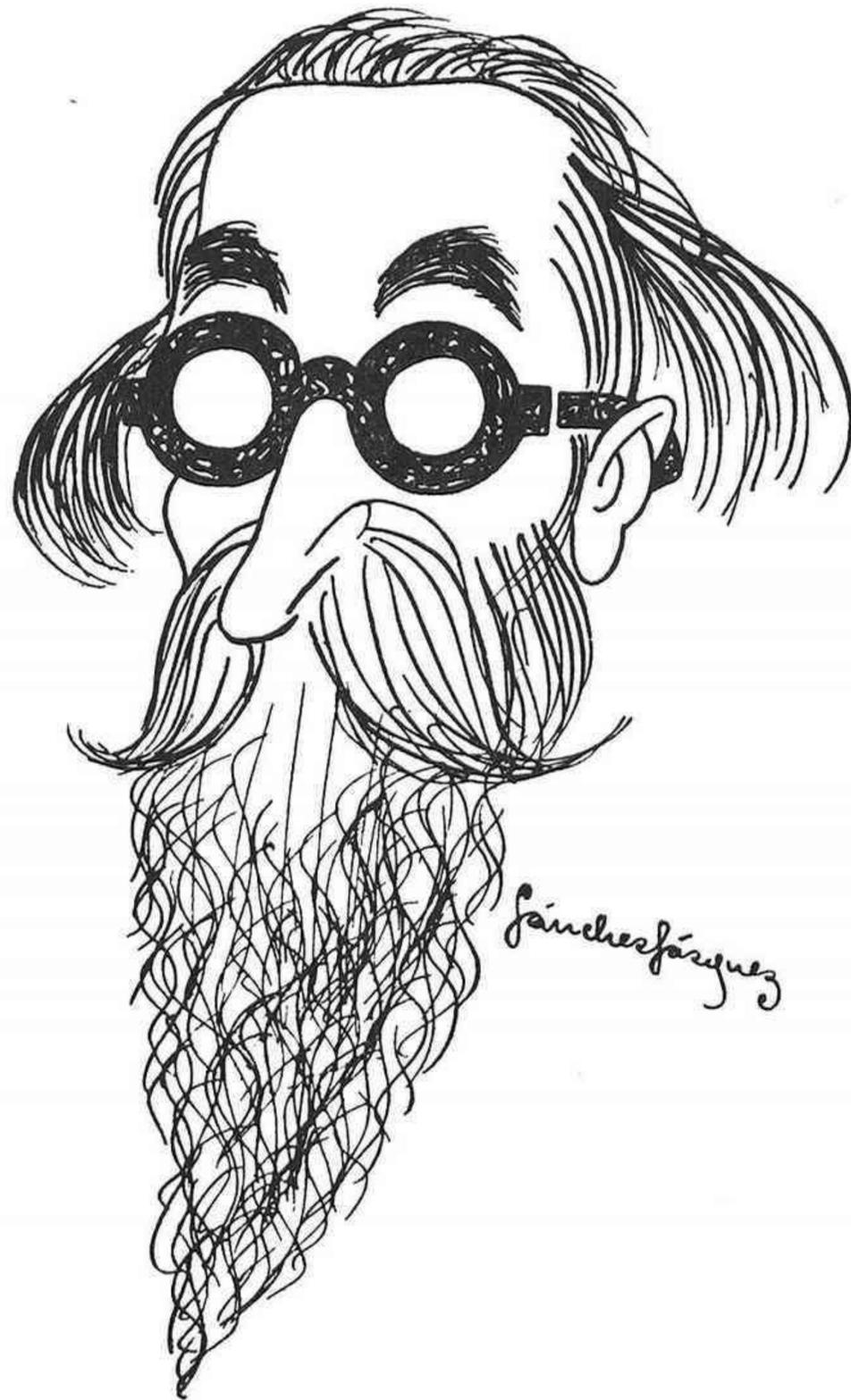


REVISTA POPULAR



D. Ramón M.^a del Valle Inclán, del que nuevamente habla con elogio la crítica con motivo de «Tirano Banderas», obra reciente del famoso poeta y estilista español.

Caricatura de Sánchez Vázquez.

Núm. 32.

30 ctmos.



"BAZAR EUROPA"
Eugenio Muriel García

Ferretería al por mayor.-Especialidad en artículos
 extranjeros,-Importación directa.

Batería de cocina.-artículos para regalos.

Cuchillería.-Perfumería. etc.

SEVILLA, 9

CÓRDOBA

Lápices

VIKING

Son los mejores

Pídalos en las Papelerías



Comerciantes

¿Queréis estar contentos y satisfechos?

Usad en vuestros Despachos

El Papel Carbón marca	FUCHS
La Cinta de Máquina	FUCHS
Carpetas Archivadoras	FUCHS
Archivadores	FUCHS
Clasificadores	FUCHS

SON LOS MEJORES

De venta en todas las buenas Papelerías

LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
 ACABA DE PONER A LA VENTA EL PRIMER
DICCIONARIO MANUAL
ILUSTRADO de la LENGUA
ESPAÑOLA

ESTE DICCIONARIO OFRECE SOBRE TODOS
 LA SUPREMA AUTORIDAD DE SU ORIGEN.

Redactado por los más grandes especialistas del idioma,
 con carácter oficial, es el más seguro diccionario de la len-
 gua española, y al mismo tiempo una pequeña enciclopedia
 de conocimientos, utilísima para la consulta diaria.

Cerca de 4.000 dibujos de los mejores dibujantes
 españoles. Más de 2.000 páginas. Un volumen
 espléndido, encuadernado lujosamente en
 tela, con adornos en oro.

PESETAS, 20

Pida un ejemplar hoy mismo a su librero o a
ESPASA - CALPE S. A.
 MADRID
 RIOS ROSAS, 24 - APARTADO 547

Anunciese V. en la REVISTA POPULAR y aumentarán
 sus ventas

PAPEL
 DE
FUMAR

BAMBÚ

REVISTA POPULAR

Publicación quincenal de Literatura, Pedagogía, Higiene, Ciencia y Arte.

Admón.: Diego León, número 8.—Suscripción: Semestre, 3,50; año, 7 ptas.

AÑO III

CÓRDOBA 15 DE FEBRERO DE 1927

NÚMERO 32

Estampas

El pueblo desaparecido

Entre dos estaciones férreas de Andalucía había hace pocos años un pueblo. No estaba muy lejos de la vía. Sin embargo, no se le veía bien. Era un pueblo de casas muy bajas y negras. Alguien podía pensar que se trataba de un pueblo de carboneros. Pero no; sencillamente era un pueblo triste, dolorido, que no sentía ninguna curiosidad por el tren y que permanecía aislado del mundo. Su nombre—no vale la pena recordarlo ahora—no figuraba en ninguna guía ferroviaria. Puede que tampoco se le encontrase en el Nomenclator de los pueblos españoles. Sin duda, había quedado olvidado, como tantos otros, de los cuales, la Historia nunca dirá nada.

Yo no sé por qué, sentí la curiosidad de visitar el pueblo triste y silencioso. Hube de caminar por senderos difíciles para llegar a él. Iba solo, y me pareció más largo el camino. Como en los cuentos, cada vez estaba el pueblo más lejos de mí. Ya me iba acostumbrando a la idea de no llegar nunca, cuando, al escalar un repecho, se me apareció, tal y como yo me lo había imaginado desde lejos: pequeño, mudo, serio, como si dentro de él no hubiese más que dolor...

Pedí posada al primer vecino que me salió al paso, y me la ofreció cordial.

—Aquí, en cualquier casa, encontrará acomodo—me dijo—, porque a todos nos sobran algunas habitaciones. Medio pueblo está vacío.

Después supe lo que significaban aquellas palabras. Nadie pudo explicarme por qué razón todos los varones que allí nacían elegían la profesión de mineros y todas las hembras la de sirvientas. Las mujeres, cuando tenían quince años, se iban a la ciudad; los chicos, cuando cumplían los doce años, se iban a la Sierra. Las familias, pues, se deshacían en unos cuantos años. El pueblo iba desapareciendo lentamente.

Mi hospedero me cuidó bien. La vieja, su compañera—una pobre mujer consumida por el dolor—, puso sobre la blanca mesa los más pobres guisos. Y mientras duró el yantar, me fueron contando su vida...

De todos los mozos que salen del pueblo, retornan algunos nada más. La mayoría se quedan en la Sierra o se van a correr mundos. Los que vuelven, llegan inútiles: mutilados o enfermos. De las mujeres no hay que hablar. La ciudad las explota, y cuando se cansa de ellas, las devuelve viejas, con alguna que otra enfermedad o con algún que otro chico.

—Cuando despedimos a nuestros hijos—nos decía la pobre vieja—, lo hacemos como si fueran a morir, y, sin querer, aún le pedimos a Dios: «¡Que no vuelvan!» Esta tierra es maldita; no da pan, y es preciso buscarlo fuera de ella. Pero camino del pan está la muerte...

Ya no queda nada del pueblo negro y triste que yo visité hace años. Por curiosidad, pregunté al pasar uno de estos días cual fué la suerte de los vecinos. Nadie supo darme razón cierta. Un andaluz, para hacer un chiste dijo:

—¡Ze l'habrá tragao la tierra!

Y acertó. Se los tragó la tierra, cuando buscaban los filones de mineral para enriquecer a los pueblos extraños, trabajando jornadas agotadoras por míseros salarios.

Rodolfo Viñas.

Mujeres desnudas

Es costumbre en las ciudades de España que cuando una empresa de teatro anuncia secciones de varietés con números algo *atrevidos* lo haga con cierto recato. Luego, en el escenario, cabe excederse un poco; pero las formas se han cumplido; los carteles no han atacado a la moral; el público no ha podido escandalizarse. Las artistas, al fin y al cabo, son artistas; y los espectadores que acuden a contemplarlas no siempre tienen una sensibilidad capaz de percibir ciertos delicados matices del verdadero arte.

Así, no podremos decir que el recato obedece al propósito educativo de un pueblo, pero sí al deseo de manifestarse en apariencia con el más rígido decoro. La autoridad tan inflexible en esta clase de espectáculos, es posible que no vea cualquier infracción deslizada en la propia escena; en las carteleras, en los periódicos, en los programas, no podría disimular su condición de punible cualquier reclamo deshonesto.

Es lo contrario de lo que sucede en París.

Aquí, en los escenarios, podrán exhibirse con más o menos naturalidad los encantos que atesora la mujer que se presente en ellos. Acaso esa naturalidad no encuentre mucha acogida entre los espectadores; quizá haya necesidad de excusar con algo que tenga, al menos, apariencias de ropaje, la exigencia de la moralidad oficial reconocida como pública. Pero en los carteles hay que ser definitivos; hay que llegar a la mayor crudeza, satisfacer los más insaciables apetitos. Y como el cuerpo femenino es de suponer que guste al pueblo pagador con el traje único de la verdad, con la espontaneidad propia de la carne, al igual que las chuletas servidas en estos restaurantes de precio fijo, los programas, después del título de algunos números, hacen la afirmación: Tres, cinco, diez, quince mujeres desnudas.

Un día anunció un teatro: *El danzador desnudo*. Cuando éste estuvo en las tablas su presencia produjo algún alboroto. Poco después el empresario quiso rescindir el contrato para evitar que el artista reapareciera en escena; *el danzador desnudo* acudió a los Tribunales. Ahora los jueces acaban de dar la razón al bailarador, declarando que las protestas de una parte del público no constituyen motivo bastante para justificar su eliminación del programa.

He ahí sentado un principio jurídico que no establecerá doctrinas nuevas pero que acentúa la fuerza legal de la costumbre de las desnudeces, admitida aun contra la voluntad de algunos auditorios.

Después de todo, en las sensaciones nada hay que escape a la eficacia de la labor educadora. Y la gente que asiste a los *music-halls* de París está ya bien curada de espanto; va ávida de contemplaciones plásticas pero buscando la línea y el color en la armonía del movimiento como los busca en la estática serenidad de las obras de los museos. Por eso podrá aceptarlos o no, protestar contra toda manifestación antiestética, obligar a un empresario a intentar la eliminación de un danzador desnudo; pero ni la moral se sentirá ofendida ni el fiscal se creará en el caso de defenderla

saliendo por sus fueros como en otro país sucedería.

El mal que pueda causar a la sociedad la impresión del desnudo que se exhibe, tendrá siempre su origen en la excesiva importancia que se da a la necesidad de ocultarlo. Y es mayor aun el perjuicio que se hace ponderando esa necesidad porque la transformación universal que se va operando producirá una absoluta revisión de valores a la que no se escapará cuanto con el desnudo se relaciona.

Todos los días se celebran reuniones en París para el estudio de los más intrincados problemas. En esas reuniones se tratan ya con la más insospechada valentía las relaciones carnales de los dos sexos que forman la Humanidad. Así se escudriña en el conocimiento de sus consecuencias. Así se evidencia la necesidad de atacar muchos males que no por más ocultos perjudican menos al individuo o a la sociedad que los padece.

Y lo más notable es que en esos torneos literario-fisiológicos—muchas veces de controversia—intervienen con inusitados desenfado e interés, jóvenes distinguidas, de todas las tendencias.

He ahí el principio. El hombre que tanto habló todos los días, del crimen, del robo, del engaño, de la traición, de todas las bajas pasiones, que llenó las planas de sus periódicos y el tiempo de su vida ocupándose de todo lo que representa una función ruin, no osó nunca hablar de la que está sobre todas las cosas, de la que le dió el ser, considerándola inconfesable como el pecado menos venial.

Habrà que reparar tal injusticia, y el camino está abierto.

¡Felices los pueblos que puedan emprenderlo sin ridículas restricciones! Para ellos el peligro de la tentación será un impulso ordenado, el cumplimiento normal de una ley divina: la ley suprema que estableció el principio de continuidad de las especies.

Entonces el desnudo, exaltación de todas las perfecciones en la infinita fuerza creadora, simbolizará el más grande anatema contra los siglos que lo prostituyeron a los ojos del mundo imputándolo encarnación de las mayores ignominias.

¶ Serrano Olmo.

París, Febrero 1927.



Las veleidades de... la China o de D. Pío Baroja a Confucio

Mi querido compañero Julián Zugazagoitia se incluye a sí mismo en el núcleo de los admiradores del novelista Don Pío Baroja. Yo le alabo esa auto-decisión a mi compañero y le aplaudo la virtud de esa admiración que le guarda a la obra literaria de Baroja.

Pero este señor acaba de publicar una novela (?) titulada: «Las veleidades de la fortuna», la que, además de no merecer «in verbis», por irresistible e irresistible, una crítica literaria, es «in argumentis» arbitraria y decepcionadora. «Las veleidades de la fortuna» no son más que coqueteos anarquizantes y negativamente revolucionarios de un gran plutócrata y bien hallado burgués, propugnador de la fuerza ante todo y desdeñador del derecho y de la democracia como si fueran entelequias. Y es natural que esa novela barojiana tan veleidosa haya sido comedidamente apostillada y reprobada por la firme y fuerte pluma, firmeza de cultura y vigor de juventud, del laborioso y pujante escritor, poeta de la actual generación, Zugazagoitia.

A esta generación nueva, que tiene la virtud de admirar lo admirable de la obra barojiana, no aludió Don Pío en su conferencia dada el año pasado en la Casa del Pueblo de Madrid, en la que clasificó como plugo las generaciones que él ha conocido. El autor del desdichado «Tablado de Arlequín» hizo la apología de la actual generación del «football», del «round», de los rascacielos y el aeroplano llamándola la generación del «puño fuerte»; cantó y aleccionó a esta generación de los osados, de los técnicos y de los profesionales, a esta generación de la postguerra, la de los atropellantes industriales, de los ambiciosos boxeadores, de los del acero y el ricino.

El autor de «El gran torbellino del mundo», no tuvo en cuenta el devenir de la Historia y el advenir de ésta en la vida; por lo tanto, no vió, o no quiso ver, esa nueva generación de los Zugazagoitia, de los Cesar Falcón, de los Fernando de los Ríos (por no citar más que tres bien representativos, divergentes y coincidentes). Y no los vió o no quiso ver esta generación bullente y pensante, a esta generación esperanza nuestra, porque como decía Goethe: «nada enturbia tanto la mirada del pensador como el espíritu de secta».

Pero, «aún hay sol en las bardas», diremos como Don Quijote, y ese sol derretirá las últimas figuras y figurillas de cera, que tan olímpicamente se han enseñoreado del solar, mientras lo anubló el torbellino y en él se dejó crecer a la mala hierba. Los juegos olímpicos serán la obsesión de los de *puño fuerte*, pero no de los jóvenes con espí-

ritu, ni de los hombres de alma generosa y fraternal. Y en la Historia y en la vida triunfa el *Hombre*, no el músculo, ni el técnico, ni el ricino, ni... el dólar.

Hemos de agradecer, sin embargo, al sugestivo título de la mentada obra barojiana las ideas que por asociación nos acarrea. Además del recuerdo de «El Criticón», en uno de cuyos trancos discurre sobre las veleidades de la Fortuna (así con letra mayúscula), con profundidad de pensamiento y sagaz intención, el jesuita y conservador o aburguesado filósofo Baltasar Gracián (anti-socialista, también, como Don Pío Baroja), nos proporciona ese título de «Las veleidades de la Fortuna», motivo adecuado para referirnos a las que ahora tiene para con China... la Fortuna.

* * *

Eso de las veleidades, es un decir; porque nada más justo que la que fué «cuna del género humano», en ese lugar de la tierra en donde se asentó el hombre como algo rezagado del árbol antropológico o tronco *epiteco* del que se desgajó y del que, según ahora nos cuentan, procede el mono como desgaje más perfectamente natural que el hombre. (¡Oh, los descubrimientos de los profesionales empíricos de la Ciencia! Los naturistas y naturalistas están de enhorabuena); nada más justo, repetimos, que, al hallarse en crisis la Civilización de Occidente, salga por sus fueros la de Oriente; porque si nosotros mismos, los hasta ahora fanfarrones europeos, confesamos nuestra decadencia por haber prostituído con nuestra Civilización a la Humanidad es naturalmente lógico y hasta congratulatorio que esa Humanidad comience por su *cuna*, por el principio, a hacer una revisión de valores; y por consiguiente, ningún pueblo con más solvencia que China, ni ninguno con más derecho por razones de lugar y de tiempo, por razones antropológicas, etnográficas y... éticas que China para ponerse en jarras y no consentir hundirse, ni que se hunda o liquide la Humanidad, que en ella tuvo asiento, porque Europa, cual Sansón en el templo, confesando el fracaso de su Civilización quiera hacer almoneda del gran templo al Mundo, del Oriente como del Occidente.

China, y el Oriente todo, hace bien en no creer ya en las veleidades de la Fortuna, con que la Civilización Occidental (muy sedicente cristiana y pía) ha querido adormecernos a los millones de chinos, más o menos amarillos, que por este valle de lágrimas habemos y populamos.

El pueblo chino, con la sagacidad y perspicacia características de los pueblos orientales, reflexionó, volvió sobre sí mismo, abrevando en el álveo incontaminado de la doctrina de Kong-Fou-Tseu (Confucio), y empezó a poner en práctica las máximas confucianas «adaptándose a las circunstancias para llegar al *justo medio* mediante el desarrollo de la inteligencia o el uso de la razón».

Pero con este uso de la razón, el pueblo chino ha comprendido es necesario la acción conjunta y adecuada para vencer *adecuadamente* los obstáculos extraños y nocivos, porque sinó no llegaría a colocarse en el *justo medio*, «indispensable condición para conservar la paz del alma y experimentar el sentimiento subjetivo de la dicha «eudemonia». Porque en ese justo medio—dice Confucio—«es como el sabio conserva en paz su alma».

Y esto mismo lo dijo después Aristóteles, y lo han dicho y repetido los filósofos de todas las escuelas y confesiones, hasta estos tiempos *splendguerianos* en que los sabios lo son en fuerza de negaciones y haciendo escarnio y chacota de la Filosofía o ciencia de la sabiduría y del saber.

Y al fin y al cabo lo que en la Historia y en la vida prevalece y prevalecerá es el espíritu, el «ho-

mo sapiens», anhelante de bien, de justicia, de paz, y de *eudemonia*. ¿Por qué no laborar por esos ideales? ¿Por qué no ser filósofos constructivos? ¿Por qué desdeñar o negar el ideal del honor, de la justicia, del derecho y del bien y no reconstruirlos o restaurarlos en su *justo medio*?

Verdaderamente, los chinos son unos filósofos, son unos sabios moviendo sus músculos, los *puños fuertes* de su generación por el impulso de ideales activos, por los resortes filosóficos de «una moral inmanente y de una profusa dignificación personal», como enseñó Confucio.

Los occidentales han olvidado este elemental proceso, y proceden al revés.

Don Pío Baroja no es un filósofo, es muy *occidental*; prefiere el *puño fuerte*, o pone en primer lugar al músculo para que nos sonría la Fortuna.

Veleidades chinas o de la Razón y de la inteligencia; veleidades de la fortuna o barojianas; aquéllas afirmativas, éstas negativas. Bah! Decadencia de Occidente; fracaso de la atolondrada juventud iconoclasta del 98 a que pertenecieron los Maeztu, los Azorín, los Baroja... Decadencia y fracaso de Don Pío Baroja.

Bersandín.

Febrero, 1927.

Un culto profesor y brillante publicista explica por qué no puede ser protector de los animales y las plantas

Carta abierta

A don José Amo, iniciador de una Sociedad protectora de animales y plantas en Córdoba.

Quiero comenzar estas líneas que públicamente le dirijo, puesto que público es el motivo que las origina, con una anécdota por demás sabida, pero que viene aquí como anillo al dedo. Es la de aquel predicador o mitineador que, subiendo a la tribuna, no tuvo que pronunciar una sola palabra, sino que agitando sus brazos significativamente fué comprendido por todo el auditorio.

He pasado por la calle Nueva... y no le digo más. He presenciado la tala, mejor dicho el arranque de cuajo de ese centenar de hermosos y sanos árboles que eran la mejor gala de la calle, y no he hecho comentario alguno porque ya el amor al árbol se va encalleciendo en mí a fuerza de hurgar en la herida de los ataques que públicamente se infieren al mejor y más altruista amigo del hombre.

Tampoco las circunstancias permitirían defender al árbol con el ardimiento que yo lo he hecho en otras ocasiones, y que en esta, téngalo por muy cierto, no lo es menor, por mucha sordina que ponga a mis sentimientos.

Lo que sí tengo que decirle es que yo no puedo pertenecer a una Sociedad protectora de animales y plantas, en que sus más significados miembros ejecutan actos como el arranque y troceo de los árboles de la calle Nueva.

La Real Orden de 7 de Julio último, toda la copiosa legislación que en España defiende al árbol, ha quedado mal parada con esa inconsiderada destrucción del arbolado. Hasta que la legislación española no defina la culpa o delito del que inconsideradamente daña o arranca el arbolado, es inútil todo movimiento. Yo, por lo menos, así lo creo, y obro en consecuencia separándome de la nonnata Sociedad en la que puse incautamente algunas esperanzas.

Al acto de la calle Nueva no le hallo ni una atenuante siquiera. En último caso, pudieron hasta haberse trasplantado los árboles, ya que su escaso cepellón (bien a las claras lo ve ahora cualquiera, puesto que están todos arrancados), lo hubiera hecho bien sencillo.

Pero ese arranque, por la ejemplaridad que ha tenido, en la primer calle de Córdoba, junto a nuestro centro de enseñanza secundaria, visto por toda la ciudad, ni a mí ni a nadie de los que lo hayan observado se le ovidará en la vida.

¿A qué seguir? En la lista que usted y yo hemos recordado tantas veces, de casos parecidos, este de la calle Nueva es uno más.

Sabe que para defender el árbol y amar las flores y las plantas tiene en mí un discípulo y un compañero.

Rafael Castejón.

Arrendamientos criminales

(Para REVISTA POPULAR).

Durante el ejercicio de nuestra profesión de Abogado en Castilla hemos conocido contratos de arrendamiento verdaderamente leoninos. Trataremos de ellos en nuestros artículos por creer que tienen honda y decisiva relación con el problema de la tierra y que, mientras puedan ser válidos contratos de arrendamiento como los que suelen concertarse—más exacto sería decir *imponerse*, pues una de las partes carece de libertad—entre poderosos arrendadores y humildes arrendatarios, *el problema de la tierra permanecerá insoluble.*

Quien no sepa *hasta qué punto es siervo el labriego castellano*, se extrañará de que puedan tener realidad contratos de arrendamiento como los que hemos de publicar en nuestras columnas por creer realizamos labor cívica; quien conozca la triste realidad de nuestra población rural, ninguna sorpresa hallará en lo que podamos dar a conocer; seguramente tendrá personalmente noticias de casos de tanta o mayor iniquidad. Sin embargo, como un gran número de los habitantes de poblaciones populosas no presumen siquiera tan *amargas realidades rurales*, bueno será descubrírselas: creemos honradamente que exhibir las lacras y calamidades sociales de nuestra Patria, no con el fin sádico de gozarnos en tristes y sangrientos espectáculos, sino con la noble intención de que se remedien estas vergüenzas, es el más alto, el más excelso patriotismo, mucho más, desde luego, que ese «pseudo-patriotismo» de oropel y vocinglería. Por estimar que esta exhumación a la luz pública de terribles realidades de la España rural, es lo que puede formar un *estado de opinión* que las remedie, es por lo que realizamos esta campaña; si no, callaríamos para siempre.

Y, hecha esta justificación, vamos a exponer algunas cláusulas de un contrato de arrendamiento que tenemos a la vista. Tiene fecha de 11 de Abril de 1920. Versa sobre arrendamiento de una dehesa, radicante en la provincia de Avila, de gran extensión, y figuran en él, como partes, el Administrador de un aristócrata y una comunidad de pequeños agricultores y ganaderos. Por razones bien comprensibles reservamos los nombres de las partes, pero con la debida reserva podemos exhibir la copia que se nos ha entregado a quien lo desee.

En la *cláusula quinta*, se dice: «Si el señor X, su Administrador o las personas que éstos designaren quieren dar por rescindido este contrato,

podrán hacerlo, estén las cosechas recogidas o pendientes. A virtud de esta cláusula los arrendatarios renuncian expresamente a los beneficios que, respecto a rescisión pueden favorecerlos, del Código civil.»

En la *cláusula séptima*, se dispone: «Los arrendatarios renuncian a la rebaja de la renta que permite el artículo 1.575 del Código civil para casos fortuitos extraordinarios. Por consecuencia de esta renuncia, quedan obligados los arrendatarios a pagar la renta estipulada sin ninguna excepción legal.»

Cláusula undécima: «Los arrendatarios deberán prestar sus servicios personales o los de sus criados o asalariados, para el arreglo y los servicios de establos, pajares, graneros, etc., de la casa del dueño y de las dependencias que quedan excluidas del arrendamiento.»

Cláusula catorce: «Todas las mejoras que puedan introducirse por los arrendatarios en la finca arrendada, tanto las necesarias como las útiles y voluntarias quedarán en beneficio de la finca arrendada, sin que en ningún caso puedan los arrendatarios exigir indemnizaciones por mejoras, ni retirar de la finca las que puedan serlo sin detrimento de esta, renunciando expresamente los arrendatarios a cuantos derechos puedan concederles en contrario las leyes.»

Cláusula diez y siete: «El pago de todas las contribuciones, tributos y cargas que pesan sobre la finca arrendada, correrá de cuenta de los arrendatarios, así como las que puedan imponérseles, en lo sucesivo por el Estado, la Provincia o el Municipio.»

Cláusula veintiuna: «De todos los daños que puedan causarse por terceras personas en la finca arrendada responderán los arrendatarios, si no pudiere ser hallada la persona que hubiere producido el daño o si esta fuere insolvente.»

Cláusula veinticinco: «Si la finca, por error, resultare de más extensión que la supuesta o se la agregare algún predio por compra, herencia o cualquiera otra causa, los arrendatarios deberán sufrir un aumento de renta proporcional. Si, por el contrario, la finca resultare menor, o se enajenare o desapareciere algún fragmento menor de la mitad, los arrendatarios quedarán obligados a seguir pagando la misma renta hasta el final del contrato.»

Cláusula treinta y tres y última: «Los arrendatarios renuncian expresamente al fuero de su domicilio y se someten al Juzgado y los Tribuna-

les de... para cuantas cuestiones puedan surgir en la interpretación de este contrato y en las acciones de él derivadas.»

* * *

¿Se conciben mayores trabas y más grandes vejaciones para los arrendatarios? Pues conocemos aún otros contratos de arrendamiento más inicuos. Dios mediante nos ocuparemos de ello, pues estimamos del mas elevado interés patriótico esta labor. Ahora que se habla de reformas sociales y de humanización de la propiedad, es preciso que todos los ciudadanos honrados que, por su profesión, por su cargo, por el sitio en que viven, conocen las iniquidades afrentosas que se cometen al socaire de un derecho de propiedad verdaderamente medieval, exhiban a la vergüenza pública casos concretos, como venimos haciendo nosotros, y algunos, pocos más, eminentes tratadistas del problema de la tierra. Sólo haciendo que la opinión pública vea casos *sangrantes* y *positivos* puede formarse un estado de conciencia *que produzca la necesaria humanización de los Códigos y las leyes sobre la propiedad*. Creer que

todo pueden hacerlo los Gobiernos—atados por infinitos y poderosos intereses creados—sin el concurso de la opinión, es necio, pueril.

Seguiremos exponiendo en estas columnas casos tremendos de propietarios sin entrañas, ocultando los nombres para que no se crea tratamos de realizar *campañas personales*. Esta labor es hacer Patria.

J. Sánchez-Rivera.

■ ■ ■ ■

P é s a m e

Nuestro joven y brillante colaborador, el notable dibujante cordobés Angel López-Obrero y Castiñeira, pasa por unos días dolorosos. Su hermana Rosa, bella criatura de dieciocho años, ha muerto.

Deje la pluma de exhortar a resignaciones inútiles y abramos los brazos para estrechar, identificados, al amigo que se ha puesto de luto.

Nueva publicación de García-Hidalgo

Con motivo de "El mandato de una conciencia"

Vayan por delante, unas breves aclaraciones, como justificación de estas incursiones críticas, en las que ahora, fuera de mi costumbre, parezco abundar, con la desaprobación ligera de algún amigo.

No soy aficionado a meterme en el terreno vedado de los críticos, que ellos suponen, seguramente con razón, lleno de obstáculos y breñales, que dificultan la agilidad del movimiento, y que, sólo mediante una preparación fría de super-conciencia—que acaso deba ser hija también de una extraordinaria propensión temperamental—se pueden vencer.

No me gusta meterme por esos parajes de la crítica, repito, porque es frecuente, que aún acertando en la labor, alguien desconfíe de la efectividad sincera de lo que hacemos, por el sólo hecho de suponer que no es condición peculiar de nuestra preparación y entendimiento, ni de nuestro dinamismo estético, esa de exponer a los cuatro vientos la opinión razonada de aquello que, sin más vago *diletantismo* retórico, nos gusta o nos desagrada.

Al fin y al cabo, no siendo yo «crítico» y no aspirando a serlo tampoco, por el empeño de una especialización, no debo pensar en mejor resultado para mis pequeños balbuceos como tal, que el que proporciona la íntima satisfacción de expre-

sar un sincero sentir, traducido en independiente y casi *salvaje* opinión, respecto de una obra en que el propio espíritu se haya podido recrear o aburrir.

Y sin embargo, como conclusión de estas líneas con que me he propuesto encabezar este ensayo de «crítica profana» ideado para vertir el honrado concepto que he podido formar en torno a la obra que acaba de aparecer impresa; como conclusión, repito, a esta justificación de mi reincidencia, en el delito de crítica, yo debo indicar, que siempre que hago una modesta labor de comentario crítico, no pienso recoger el aplauso ni el agradecimiento de nadie. Como tampoco me encamino hacia el objetivo de cultivar esa especialización literaria, con la que me estoy permitiendo ciertos excesos, porque me parece justo rendir el tributo de mi aplauso insignificante, a las cosas que me agradan. Para el efecto contrario, me evito el trabajo de criticar, traduciendo en letra impresa mi pensamiento, ya que siempre es desagradable, arrostrar la responsabilidad del ataque, si ninguna ventaja nos va en ello, y sabemos que los desaciertos ya son por sí suficiente martirio en quien los concibe, para que encima se le eche también el peso de una pública desaprobación.

Ya saben, pues, de qué manera soy *crítico*, los amigos a quienes extraña esta modalidad intelec-

tual en que ahora abundo, quizás por fuerza de las circunstancias, que tampoco dejan realizar al espíritu la verdadera labor en que habitualmente pudo expansionarse, con mayor propiedad y desenvoltura.

* * *

Y ahora, vamos a los comentarios que nos sugiere la lectura de esta nueva obra que acaba de publicar nuestro buen amigo Joaquín García Hidalgo, con el título de «El Mandato de una Conciencia».

Se trata de un drama en dos actos y un epílogo—justamente medido, ni muy corto ni muy largo—que ya hubo de estrenarse y representarse en varios teatros con éxito halagador.

Cuando vimos hacer esa obra, nos pareció muy bien, ya que empezamos por observar en ella una sana inquietud estética y moral, un aliento noble y fuerte de renovación ideológica y ojetiva, perfectamente ajustado al concepto *inductivo* del teatro, un propósito sano de irrumpir airoso y elegante contra los gastados métodos del prejuicio escénico, con el ánsia creadora y vigorosa de construir valores positivos sobre un estéril campo que a los temperamentos artísticos daba y dá una triste sensación de vacío. Eso nos pareció ver en esa obra, con la modesta medida de su condición simpáticamente balbuceante, como hija de un novel, cuando asistimos a su estreno.

Ahora, leída detenidamente, con la curiosidad y disposición del que busca el efecto ennoblecedor el arte, aligerado de vagos ropajes subjetivos, aquellos juicios nuestros, no han podido menos que quedar firmemente ratificados.

Cuando esa obra se hizo, que aún no se había planteado su problema, de abierta insinuación ético-biológica—valga la frase—de una manera tan clara y atrevida, sin perder la medida de la intención ni la elegancia del concepto, ni en el encerrado donde se dibujan las formas precisas de una realidad que aparece deformada en la vida—encerrado que alguien conoce por tablado de ficción escénica—ni en el plano de las hondas ecuaciones políticas que convierten las hipótesis en principios realizables y tangibles de derecho,—plano que alguien titula programa de gobierno—cuando esa obra se hizo, repetimos, con esa circunstancia de su *rara* idea central, tuvo para nosotros el insuperable atractivo de su atrevimiento, que ya hoy se empieza a incorporar al cuerpo práctico de doctrina política, como esencia de franca palpitación humana.

Y cuando el asunto padre de la obra en cuestión, ya no aparece como tal atrevimiento, todavía «El Mandato de una Conciencia» nos inspira simpatía y nos arranca el aplauso, ya que vemos en el drama una dosificación estimulante para persistir en un propósito que, si cuenta con adeptos y

entusiastas, aún no ha pasado de ser «radicalismo social» para convertirse en procedimiento de derecho, a cuya categoría tiende a llegar ese método científico de la «eugénica».

Y nos pareció bien esa obra, y nos sigue pareciendo, con su desenvuelto estilo de novedad, aparte de otras razones. porque era raro (y continúa siendo difícil) que un autor novel echase por esos derroteros, aquí donde casi todos los escritores, aparte de contadas individualidades estéticas, continúan arrastrando el pesado lastre del romanticismo en asuntos de ese matiz sentimental y moralista, pretendiendo hacernos creer, en la falsa valoración de naturalezas enfermizas, que venían a idealizarse con un pobre aliento de decadencia, que es como la negación del «violento instinto» de la Vida.

Porque en concreto, este es el nervio de la obra; el sentido moral que la anima: romper una lanza en favor de la «integralidad» biológica en el sentido humano, como aspiración de felicidad superadora. ¡Ningún principio ético más admirable, que el que se determina tras aquella interrogación airada del personaje Luis Felipe cuando exclama: «Yo no sabía que un padre, para casar a su hija, tuviera que exigir del que la solicitara, la presentación de un certificado de sanidad...»

¡Sí, eso sería lo justo; y no exigir el estado de cuentas demostrativo de una situación económica que garantice el buen provecho del pacto comercial que nuestras clases burguesas llaman matrimonio y no pasa de ser casi siempre, una perfecta inmoralidad!

A un hombre se debe pedir tal certificado, como se pide el de buena conducta; y ya que el amor se tenga por cosa secundaria en nuestras buenas costumbres civilizadas, al menos que se coloque en lugar preferente, la conveniencia social de la energía de la raza, por encima de todos los convencionalismos y de todos los prejuicios sociales: ¿por qué había de alarmarnos?

Por eso, ese viejo doctor, figura central de la obra, está muy en carácter, admirablemente realizado. Es el hombre de altos vuelos ideales, el que sintetiza una filosofía materialista muy cruda pero muy humana—no hay que espantarse—que aspira a entronizarse por encima de todas las concupiscencias, de todas las debilidades y de todos los efectismos, que expresan una lamentable degeneración de la fuerza y del sentimiento, las dos columnas firmes sobre que debe descansar una humanidad feliz...

No se crea que el autor, García-Hidalgo, con esa valiente concepción moral, va demasiado lejos, ni que nosotros como críticos, le superamos en deseos de extravíos, al tocar lo más serio, lo más complejo en las fronteras de la pasión. No, no es ningún disparate, lo que se preconiza. Así,

matando naturalezas enfermas y nocivas, eliminando podredumbres morbosas, bárbaramente, sin débiles sensiblerías decadentistas, de la misma manera que el mundo es bárbaro para otras razones plenas de injusticia o de insensatez y faltas de provecho social; así, decimos, habra que levantar pueblos y hacer humanidad: Ese es *el mandato de la conciencia*.

Y no se saquen a colación más razones de orden ético o sentimental. La sociedad devora, en sus imperiosas exigencias colectivas, inapreciable energías individuales, que se hacen incompatibles con la razón o el derecho establecido. No nos asustemos, pues, porque aparte de si una pobre individualidad negativa.

Por lo demás no vamos ahora a comentar los extremos episódicos de la obra, que atañen a la otra serie de prejuicios de buen tono, contra los cuales el autor rompe el fuego con un dejo de intransigencia rebelde.

Obras así, hacen falta en el frívolo ambiente que forma nuestro teatro contemporáneo. Obras que aunque modestas, e hijas de una facultad aun no consagrada, marquen innovaciones estéticas, con horizontes claros de ética social.

Porque el teatro, si no abre al espíritu amplios ventanales de sugerencias objetivas—ya que va muy de cerca y muy directamente a la conciencia del espectador—hace un mal desde que se levanta el telón.

Gabriel Morón.

Un centenario

Juan Enrique Pestalozzi

Juan Enrique Pestalozzi nació en Zurich el 12 de Enero de 1746 y murió en Brugg (Argovia) el 17 de Febrero de 1827. El centenario de su muerte se cumple, pues, dentro de unos días, y como Pestalozzi no fué un santo de la Iglesia, ni un general del Imperialismo, ni siquiera un farsante amado de las multitudes porque les impresionase la sensibilidad con las fulgencias de un cetro o con las bellas falacias de un discurso, resultará que a los cien años de morir Pestalozzi nosotros seguiremos sin agradecer y sin honrar los dones que se desprendieron de su vida.

Pestalozzi fué un Maestro. No queremos llamarle pedagogo, porque pedagogo es M. Siurot y escribe en «A B C»; no queremos llamarle sabio ni hombre, porque los tiempos, con las escobas gigantescas de los años, van limpiando el léxico de las robustas atribuciones que prestaban peso y volumen a determinadas palabras; pedagogo, sabio y hombre, son voces del idioma que han quedado absolutamente limpias de sentido. Son como el indumento de la antigüedad, exhumado para vestir de gentecilla honorable a mediocre gentecilla. Y fuera irreverente y anacronico vincular en el nombre de Pestalozzi los vocablos que sólo sirven ya para uniforme de comparsas en la oficial carnestolenda.

Pestalozzi fué un Maestro. Maestro con mayúscula. Después de haber estudiado, muy joven, Teología y Derecho, renunció a ceñirse la sotana del dogma y la toga del orden. Juzgó que ni sirviendo a Dios ni esclareciendo o avivando los intereses en litigio, iba su corazón a desbordarse. Él pretendía dar el corazón a que la humanidad picotease; la sintió con hambre y con sed. La ciencia de Dios y la ciencia de las Leyes habían servi-

do para que la humanidad, fanatizada y expoliada, caminase deprisa por los negros caminos de la barbarie y la miseria. La Humanidad—pensó—necesita saber para creer y necesita ser para existir. Y Pestalozzi comenzó por dar a los niños la educación moral y el aprendizaje del trabajo. ¡Hombres educados y trabajadores! Su sistema entre-



gaba a los hombres desde la infancia las dos armas potentes para luchar y vencer en la vida. Con la moral cultivada, el hombre es comprensivo, es bueno y honrado. Con el trabajo por religión fun-

damental, el hombre es el rector de sí mismo; la herramienta de un oficio en la mano de un hombre, es el cincel de todas las libertades que ambiciona.

Por eso Pestalozzi adquirió una vasta extensión en terreno yermo en Birr (Argovia), y a ella llevó a legiones de niños menesterosos. Pestalozzi roturaba tenaz con el arado sutil de su sabiduría en los cerebros nacientes de la colonia infantil. Los colonos, mentalmente iluminados, arañaban la tierra. Sabiendo los niños quienes eran, labraban una tierra cuyas plantas y frutos iban a pertenecerles. El yermo de Birr, comprado por Pestalozzi, perdió a los pocos años la alegría de sus experimentadores. El Maestro subvertía las leyes naturales. Los hombres letrados no podrían jamás avenirse a trabajar en el agro como trabajan las bestias, apaleadas y uncidas al yugo. Fracasó la fundación de Pestalozzi. Pero este, prosiguió erigido su apostolado y su siembra.

A partir de su primera tentativa de Birr, Pestalozzi ensayó diversos sistemas de la misma orientación: alzar al pobre de su ignorancia y enriquecerle espiritualmente ante sí y frente a sus semejantes. Era la educación integral, honrada y robusta, abarcando y puliendo todo el contorno de la individualidad. Educaba al ser para que fuera un hombre. Repudiaba anular en el niño los instintos individuales, corrigiéndolos, disciplinándolos, pero propugnando siempre por su imperio en la conducta. El hombre debe ser el diestro conductor de sus pasiones; jamás debe dejarse conducir en la reata trajinera que utilizan los tiranos para que carguen y transporten sus pasiones y sus ansias

Pestalozzi consagró cincuenta años de su vida, en Suiza, Alemania y Francia, a iluminar las almas y a fortalecer los cuerpos de las masas infantiles más doloridas por el sistema social y más perjudicadas por las plagas de la miseria y del hambre.

Escribió muchas obras divulgando su fe y sus anhelos. El Emperador Alejandro de Rusia le amó irónicamente. Francia le nombró ciudadano honorario de la república. A los sesenta años, extenuado físicamente, se apartó a un Sanatorio. No se resignó a procurar por sí mismo, a esperar la salud a costa de un tiempo que debía a los ignorantes y los tristes, y volvió a ejercer su apostolado, fundando escuelas, asilos, y haciendo reclutas eventuales de criaturas descalzas por las calles y los campos. Les procuraba ropas, alimentos, y les daba enseñanzas que les permitían no volver a las heladas y a las tinieblas.

Cunden en todo el mundo las fundaciones Pestalozzi. En España, que nosotros sepamos, existen versiones de sus siguientes obras: «El A B C de la visión intuitiva», «Como Gertrudis enseña a

sus hijos», «Leonardo y Gertrudis» y «El Método».

Pestalozzi fué un Maestro. Maestro con mayúscula. De toda su vida no se desprendieron nada más que enseñanzas. Las dió a los pobres con el amor de su corazón y el sacrificio de su vida, larga, errática, penosa, fecunda. Pestalozzi fué un Maestro. Entera, absolutamente un Maestro. Enseñó todo lo que sabía, desparramó toda la esencia de su entendimiento y de su sentimiento. No permitió mentiras ni cálculos en el sagrado ministerio que se impuso de aleccionar a los pobres. Para él no había más que niños, niños... Y repudiaba modelar con carne humana, tierna y dolido, mansos rebaños de esclavitud o torvas legiones de fanáticos... ¡Hombres! La aspiración pedagógica de Pestalozzi era la de hacer hombres...

Pestalozzi murió el 17 de Febrero de 1827. Va a hacer cien años. Dios quiera que Siurot, el pío, el almibarado, el patriótico señor Siurot, no llegue a vivirlos en el ejercicio de su alto, de su augusto, de su pío, de su almibarado, de su patriótico magisterio.

(Dibujo de A. López Obrero.)

■ ■ ■ ■

Por el indulto de Félix García Blazquez

Nuestro querido camarada y colaborador Félix García Blázquez, maestro nacional de Avila, fué condenado por la Audiencia de la citada capital castellana a varios años de prisión. El delito del joven periodista es un delito de pensamiento. Lanzó uno briosamente juvenil, que no gustó al clero español; se querelló éste contra García Blázquez, y la Sala que juzgó al demandado no tuvo más remedio que extraer de la letra de un Código anacrónico el mandato legal de una sentencia condenatoria.

La prensa de Madrid y la de provincias, con unanimidad que honra a los esforzados obreros de la idea, piden el indulto del camarada Félix García. Para las imperfecciones de un estatuto, cuya reforma se alienta ya hace muchos años, deben reservarse aquellas altas prerrogativas que infunden al perdón un contenido práctico. Reconózcasele a García Blázquez, en ley, la culpa tremenda de haber combatido a los clericales; pero perdónesele, en justicia, de purgar la pena, ya que un régimen de tolerancia—al que iremos muy pronto y al que han ido ya todos los países civilizados—lo dicho por García Blázquez no habría suscitado que aquella brotase para encadenarle y afligirle.

REVISTA POPULAR, de la que García Blázquez es colaborador, suma su voz a la de todos los periódicos de España. en petición de un inmediato indulto,

Comentarios de la quincena

La tala de árboles

No sabemos por qué, hay una clase de hombres que pretende entender de todo. Ahora, unos cuantos de artistas, de escritores y de poetas de Madrid, se han permitido opinar, sobre si está bien o no está bien, la tala de unos árboles ordenada por el jardinero municipal de la villa del Oso.

Nosotros, que entendemos de árboles tanto como los queridos compañeros en la prensa, de Madrid, también vamos a opinar; aunque nuestro juicio sea desacertado, ya procuraremos que no nos contesten como han contestado a los colegas madrileños: «¡Ustedes qué entienden!»

A nosotros no nos dirán eso, porque la opinión que vamos a dar estará por completo de acuerdo con la de las autoridades superiores.

Y nuestra opinión es la siguiente:

Los árboles, no está mal que los talen, siempre que ello sea en virtud de un acuerdo tomado por la corporación que entienda en el asunto; el Ayuntamiento, la Diputación, quien sea.

Si de esa manera, los árboles talados no brotan, se demostrará una vez más el fracaso de la democracia.

Si se talan teniendo sólo en cuenta la voluntad de un buen señor que les haya tomado antipatía, ¡vaya usted a saber por qué!, tampoco la cosa es mala, porque si el árbol desaparece, la eficacia del poder personal queda patente.

Y de una manera o de otra, obtenemos una enseñanza política.

¡Y aquí, no podemos desperdiciar enseñanzas, por oír los lamentos de cuatro intelectuales decadentistas!

¡No se sabe nada!

Tánger, Asamblea... No se sabe nada.

La consolidación de obligaciones del Tesoro, se ha efectuado con feliz éxito. El orden es completo. El capitalismo, siempre receloso en las situaciones inestables, ha dado una prueba mas de confianza en el poder. El resultado de la consolidación lo prueba, Nadie ha tenido prisa por reembolsarse las pesetas de sus obligaciones...

¿De otras cosas?

¡No se sabe nada!

Revolución en Portugal

Un nuevo movimiento revolucionario ha estallado en la vecina é inquieta república. A estas horas no sabemos qué resultado habrá dado la sublevación militar, que en Oporto se hizo la dueña de la situación. Parece que el movimiento es de carácter republicano radical, frente al poder dictatorial del Gobierno de Lisboa.

■ ■ ■ ■

Por no haber llegado a tiempo la caricatura de Shum, tenemos que aplazar su publicación hasta el número próximo.

De mi primer álbum

Prosas comprimidas

I.—UNA FRASE QUE ODO

«*Todo mentira*» He ahí la frase que más odio. (1) La que más me subleva, la que más me indigna. Cuando esa frase sale de labios de un hombre hijo del trabajo, le compadezco, le aconsejo, no le maldigo. Cuando sale de labios de un empedernido crítico, de un intencionado *mercader*, entonces le increpo, le combato, y, a veces, a veces... hasta haría lo que el otro con las palomitas de papel.

.....
Frase odiosa. Frase cínica. Frase suicida y criminal.

Cuando has penetrado en el corazón del hombre ¡oh frase maldita! has hecho lo que la tuberculosis en los pulmones. Has aniquilado su vivir. Has matado su personalidad. Su moral entonces es la del lobo. Devorar. Devorar honras. Morder inocencias.

Dicho en sentido general.

**

¡Oh escépticos miserables! ¡Oh críticos enfermos, que con vuestra fría sátira habeis sembrado la abulia, apagar habeis querido los anhelos misteriosos de las dolientes multitudes! Atrás perversos seres. Atrás frase maldita. Atrás. Atrás. Atrás...

II.—EL PUEBLO

...Ese enjambre ruidoso que todo lo produce; esa colmena inmensa que lo elabora todo; el que a la ciencia ayuda y en la ignorancia gime; el que a tantos liberta y en la esclavitud mora; ese, escarnio de unos, maldición de otros, sostén de los demás, ese, ese es el pueblo. Ese.

Ese...

.....
¡¡Arriba corazones!!...

Clodoaldo Gracia.

Cartas del Infierno

Me da vergüenza, hermanos míos, haceros la confesión que voy a depositar en esta carta. Estoy a punto de abjurar de mis convicciones. Junto a la masa de condenados que eternamente sufrirán en el Infierno, yo he empezado a gustar los relativos placeres del privilegio que por el Angel Rebelde me ha sido concedido. Sí, soy relativamente dichoso. No dichoso en plenitud porque el recuerdo de mis hermanos de ahí me persigue constante. Antes, la evocación era confortadora, me animaba y distraía; ahora, no; a la sazón vuestro recuerdo me acusa y me atormenta. En ninguna parte, ni siquiera en el Infierno, se llega a ser feliz.

Nada os dije en mi anterior que os explicara el cambio maravilloso que se ha operado en mi situación; nada sabeis, por tanto, de Mefistófeles ni de su Mundo si os apartais de las bellas pero mentidas sugerencias de una Divina Comedia, de una ópera, de tal cual obra literaria y de los cuentos tártaros que se prodigan en la Tierra por gentes necias y chuscas.

Ya que la ocasión me es propicia, y porque os amo, voy a poner en vuestras conciencias, artificialmente iluminadas, los esclarecimientos de la verdad única. Yo estoy en posesión de ella. Es una posesión infernal que, habiéndome limpiado de cuantas hermosas ilusiones abracé en la vida, me ha convertido en un Demonio. Ya no fantaseo, ni aliento ideales, ni concibo el sacrificio, ni el amor. Todas mis potencias vibran atentas e impacientes a un sólo mandato: *impera tú*; y a un sólo deseo: *goce yo*. Y como aquí no existe más que esa Razón, y no existen las fronteras morales del Mal y del Bien, el que sea más tirano y más egoísta resultará el más digno de los angélicos dones demoniacos.

Aquí, en el Infierno, carecen de sentido las palabras crimen y virtud; los actos bestiales, los que yo reputaré todavía bestiales, no dejan sedimento en el corazón, y no hay remordimientos porque no hay conciencia.

Me gustaría mucho que presenciárais nuestra vida en el Estado de Lucifer. Con una delicada cortesía y una exquisita naturalidad se realizan los actos que en la Tierra suscitarían formidables abominaciones. Aquí, no. Con otro instinto y otra ley rigiendo las flaquezas de la carne y reglando las inclinaciones del espíritu, el panorama social y la fisonomía de la historia no recuerdan ni remotísimamente la motivación de vuestras luchas, en las que anduve mezclado con un fervor estúpido. Empero, advierto en un extremo fundamentalísimo de este régimen, determinada semejanza con el vuestro. El que se aventura por estas regio-

nes y no gana el favor del Angel Rebelde o de un Demonio de categoría, está perdido para siempre. Engrosará la legión de los mártires que arrastran quejumbrosos de su tristeza eterna por estas heladas llanuras infinitas... Los Demonios vemos caminar a los mártires poniéndonos a un lado del sendero... Lloran los condenados, y sus lágrimas nos las bebemos en copas de rico cristal y nos saben muchísimo mejor que vuestras soleras jerezanas... Con los rumores dolientes y los gemidos punzantes de las turbas que pasan, componemos bellas sinfonías para nuestras fiestas en honor del Rebelde. . Y en los días grandes, cuando un exceso en la bebida de lágrimas nos embriaga, y las sinfonías nos aturden llevándonos al extremo de locos desvaríos, nos lanzamos a vivir el espectáculo más grandioso que la torpe imaginación terrícola pudo soñar. Consiste en esto: el Angel Rebelde ordena que en todos los llanos del suplicio se ponga la luz de las Sublimes Purgaciones y que todos los cuernos dependientes del Consejo de los Honorables llamen a los súbditos a congregación penitencial. En el Consejo de los Honorables hay muchísimos cuernos, y la luz de las Sublimes Purgaciones es más intensa que la del sol de los Trópicos, pero roja y fría. No viene el resplandor de esta luz desde la altura en torrentera fantástica. Es luz emergente del suelo enfangado, de los cuerpos tullidos e informes. Las charcas pestíferas se revisten de rojo resplandor; los ojos opacos de los tristes lanzan destellos poderosos como rayos; la proyección de tantos resplandores se funde al cabo en un solo haz luminosísimo. Arriba, la negrura impenetrable presta más bríos a la inmensa luz de que se visten los seres en el vasto escenario de la Congregación Penitencial. Esta la constituyen todos los condenados a tormento eterno. Van agrupándose procedentes de todos los caminos. El Angel Rebelde y la cohorte de sus Demonios ven, sin ser vistos, a los súbditos que acuden llamados por los cornudos. Cuando aquéllos están totalmente congregados y no queda un triste sin haber incorporado al grupo inmenso su dolor y su pena, manda el Rebelde que enmudezcan los cuernos y, seguido de la cohorte, afronta a la masa... ¡Qué grandioso momento..! ¡No puedo referíroslo sin emocionarme!..

Yo he oído muchas veces en mi vida con vosotros, hermanos míos, el rechinar de los dientes de un hombre que invadido por la furia la quiere domeñar y la aplasta con el esforzado peso de sus nervios; yo he oído en muchas ocasiones el grito de rabia que nace en el corazón del hombre ultrajado, y muere en la garganta del hombre maniata-

do y vencido; oí en la vida gritos e imprecaciones y sollozos de hombres que me recordaban a Prometeo encadenado para que los cuervos le vaciasen los ojos... ¡Cuanto me conmovía!

Pues eso es grotesco, ñoño, pueril. El ser humano, en el medio terreno que le es dado para saltar, cuando haya hecho piernas, al medio de su existencia permanente; el ser humano, digo, cuando cree que vive, que ama y que goza, que está solo y que sufre, es la cosa más ridículamente teatral que ideara para regodeos reales el genio servil de la bufonería... ¡Ama el hombre!—¿Qué?— ¡Sufre el hombre!—¿Por qué?—Perdonadme, hermanos míos, esta infernal franqueza: sois unos imbéciles.

Lo comprobé cuando en compañía de cien mil Demonios iba en seguimiento del Angel Rebelde a afrontar a todos los condenados del Averno. Las miriadas de suplicados vieron avanzar a Lucifer, vieron tras él las filas compactas de su ejército; y la masa infinita, sintiendo cercana la amenaza terrible, el escarnio con las armas en punta hacia sus pechos, la crueldad aleteando las bárbaras ansias sobre sus cabezas; apercebida de tan acerba hostilidad la masa, ¿creéis—hermanos—que retrocedió cobarde, maldijo inerme, crujió iracunda o tembló miedosa? ¡Pues no! Como en un cántico nos dirigieron millones de voces esta melíflua salutación:

—Bienvenido seas, magnánimo Juez, a acariciar nuestros huesos destrozados. Bienvenidos sean los hombres de tu privanza a regalar las tinieblas de nuestro caminar con los esplendores que emanan de su presencia junto a Ti. Bienvenidos seáis todos a infundirnos fuerzas para seguir con la carga de nuestros huesos destrozados y a proporcionarnos el gozo de vuestras iras...

Extinguida la última voz del cántico, la masa doiente se arrodilló. En los semblantes de los mártires ponían los corazones un dulce dibujo de gracia.

En este punto, Lucifer, colérico, destacado, gritó: —¡A mí y a los míos, los corceles del reino!

Al conjuro de aquella voz colérica, brotaban del suelo inquietos y piafantes caballos de leonadas crines. El Angel Rebelde saltó al más fiero. Cada corcel brindó a un Demonio su lomo desnudo. Y todos caballeros, Lucifer volvió a gritar:

—¡A la carga! ¡A la carga!

Salió al galope y, tras él, como cien mil centauros embravecidos por el olor de sazónada presa, todos los Demonios. El alud de la bárbara caballería infernal recorrió el llano de los suplicios. El vasto hipódromo tenía por alfombra sensible millones de pechos traspasados de dolor y millones de cabezas llenas de tristes pensamientos... Los cascos de las cien mil bestias enardecidas por el estrépito de la galopada, espachurraban cráneos y

corazones... ¡Cómo me emociona recordarlo, hermanos míos!

En el cruento furor de la carrera inenarrable, se oían melífluas las voces de los mártires entonando gozosos el mismo cántico de la salutación:

—Bienvenido seas, magnánimo Juez, a acariciar nuestros huesos destrozados. Bienvenidos sean los hombres de tu privanza, etc.

Por fantasiofonía,
Joaquín D. Madrigal.

Teatro ruso

Se representa un drama nuevo con nueva decoración.

Y allá en el fondo medita un espectador.

Nacen rojas aristocracias bajo los estandartes de la revolución.

Sobre todas las cosas hay un premio de Dios.

Se representa un drama nuevo con nueva decoración.

Y en el fondo lejano hay un hombre que piensa. Hay un espectador.

Carranque de Rios,



Dibujo de Mateos.

Cuando la tarde muere

Quietud, sosiego, calma absoluta sólo turbada por el piar armonioso de los mirlos que jugueteos se acarician, se persiguen, se besan en la umbría; flores rojas como el fuego de una pasión nunca saciada, blancas como sudario de ilusiones muertas, grisáceas como el pensar no definido, amarillas rabiosas y tristes como la hipocresía mal disimulada, color rosáceo como la carne del bebé bobalicón y carrilludo, que juntas y animadas por las últimas caricias del sol que las despiende como sultán que debe a otras caricias, exhalan un perfume que emborracha, que asfixia como aliento de mujer.

Sólo el rumor monorrítmico del vaivén caricioso de las olas que parecen dormir, se oye en la bahía que a nuestros pies se extiende como alfombra verdinegra salpicada de vapores apresados a las anclas como ideas amarradas a un cerebro y condenadas a no surcar jamás el ignoto mar de las creencias. La montaña que arrancó bravía, y que cansada de sus desafíos y soberbias se arrodilla y se arrastra hasta besar el mar que refresca con sus aguas de lacrimal sabor las guedejas del dormido león, se agachara parece en posición humilde y silenciosa como cuerpo que se rinde, para dejar paso a la magnificencia del sol, que dorando las cresterias de la montaña ingente, la convierte por la magia sobrehumana de lo inmenso, en alcazar divino a cuyos minaretes se asomara el hada que diamantina mano diera calor a nuestras ilusiones para dejarnos solos, desesperados, maltrechos y amargados, al desaparecer el último fulgor de sus flamígeras vestiduras.

Y en la melancolía de la tarde que muere para surgir después al nuevo día con galas de luz y de colores, con arranques de vida que inyecta a cuanto toca, se siente que la existencia se diluye, se sale de nosotros dividiendo en dos nuestra personalidad. Y nuestro yo, volandero y quimérico, alza la tapa marmórea del sepulcro vital, y en alas de la fantasía nos transporta a increíbles velocidades hasta el país de las bondades y bellezas absolutas, de cuyo lenguaje desapareciera la palabra imposible; y desde la altura de ignoradas cumbres, alumbrados por el inagotable foco de la verdad eterna e inmutable, respirando las auras perfumadas de la bondad ambiente, caldeados por el tibio calor del amor carente de pasión bastarda, llegamos a comprender el ideal soñado e irrealizable siempre en la cárcel estrecha y nauseabunda de la materialidad.

Allá quedan las túnicas que andan, las levitas que se mueven apellidadas hombres, roídas sus entrañas por los gusanos del fatal egoísmo, paseando por encima de sus lacras las babosas de

la envidia y la calumnia, caminando veloces arrastrados por la fiebre del oro, revolcándose en el cieno de la lujuria abrasadora, intentando a veces volar, mas clavados al suelo por el lastre de sus necesidades materiales. Y son manchas minúsculas y microscópicas las dilatadas comarcas que créense poseer, y es cual voluta de humo la fuerza y poderío de que se creen dotados, y es cual pompa de jabón lanzada al viento por niño travieso y vocinglero la esfera que les sirve de morada. Un abierto agujero pequeño, deleznable, insignificante en aquella bota, advierte nuestro yo, es la cárcel de que salimos un instante no más, para soñar, placer inexistente como todo humano placer, y en él volvemos a entrar resignados...

Ha desaparecido el sol. Es la melancolía de la tarde que muere.

Modoaldo Garrido.

En el Peñón de Gibraltar, Febrero 1927.

■ ■ ■ ■

Inquietudes naturistas

Hemos recibido unas cuartillas firmadas por Francisco Marín y Filemon Acte en las que se exponen los propósitos que alienta un grupo de compañeros pertenecientes a la Sociedad Vegetariana Naturista Salud y Cultura de Sevilla, respecto a la fundación de una colonia en la que el régimen de vida cumpla enteramente a los hermosos fines del naturismo.

La mucha extensión del trabajo aludido nos veda publicarlo, como fuera nuestro deseo. Transcribimos la parte más esencial:

«Esta comisión, teniendo en cuenta cuanto se ha dicho y hablado de la formación de Colonias Vegetarianas Naturistas y que no queremos discutir porque no se han formalizado unas y fracasado otras, pero teniendo en cuenta las tierras vírgenes que hoy nos ofrecen en nuestras posesiones de Guinea, invitamos como decimos a todos aquellos compañeros que se crean preparados Moral y Materialmente para ir a aquellas tierras, o facilitarnos su ayuda para formar una Colonia, que tendrá como ideario TEOSOFÍA, como alimento VEGETARIANA, como vida NATURISMO.»

Deseamos éxito en su empresa a los naturistas sevillanos. Quienes les interesen detalles respecto de aquélla pueden dirigirse a D. Francisco Marín González, calle Betis, 68. Sevilla.

Le agradeceremos propague esta Revista entre sus amigos

Lo que se publica

«La Mariposa que voló sobre el Mar»

Este título, de la última obra maestra de Jacinto Benavente, es francamente simbólico; pero el sutil argumento punza una amarga realidad.

Es un drama del proceso de la vida, en la que no triunfa de por sí verdad alguna, porque la mentira anda también indumentada que parece más aceptable; y el mismo entendimiento y el mismísimo corazón se engañan en las apariencias.

Se hace y se cree el mal, tanto y tan fácilmente, que no acertamos a distinguir las bondades ni casi en nosotros mismos.

Gilberta, advenida a los bienes de la vida por la frivolidad, el placer y el lujo, no es creída en ninguna otra verdad.

Hizo teatro de su vida y triunfó; éste era su proceso, que ya en vano quiso derivar; cuando intentó ensayar otra vida, hablando, riendo, llorando, de otra manera no la aceptaron, ni la aplaudieron.

Y cuando quiso, en su vida misma, ensayar otros sentimientos... amar «de verdad»—como la gente dice—la vituperaron, la despreciaron... y no la creyó nadie...

Puede, que en verdad, ni ella misma se creyese. Este es el drama.

Son los demás personajes lo necesario para producirlo, con uno o con otro desenlace.

Samuel Simpson, que lanza la mariposa a volar hacia las luces del oro y del arte, llevándola, en el camino de su vida de millonario, como una joya más, valiosísima, preferida, como un negocio delicado y atendidísimo... y como un afecto al que se dispensa bastante. Simpson, que obra ya en esto como en cualquier otro negocio de su vida, calculadamente, «lo comprende todo»; y, por necesidad de la defensa de su amor, «lo perdona todo».

Y es posible que lo perdonara *todo*... menos, quizás—como la exclamación final de Félix—que el Diablo pague la noble acción de su protegido, arrebatándole de la vida a ella.

Félix, el protegido, es el menos real y humano de los personajes, tal vez por ser el de más noble sentido.

Su determinación es somera y contundente; recta y pura. Es el idealismo que la obra necesitaba para realizarse. Atento exclusivamente a su afán de agradecido, no obran en él la pasión, ni la vanidad, ni aun la duda de otro posible merecimiento.

Ejecuta el deber como una fría razón.

Y así corta la vida ilógica, la vida irrazonable... la vida inconfesable, y sin perdón, de Gilberta, que vuela hacia otra luz, por sobre el piélagos inmenso del morir.

Benavente nos ha hecho de todo eso una bella

fábula con factura maestra y una ironía, que llega más allá de la vida.

Octavio Nogales.

«Tirano Banderas»

«Tirano Banderas» no es una novedad editorial. Ya en las simpáticas columnas de «El Estudiante»: Semanario de la juventud española, don Ramón nos adelantó capítulos de su libro, y «La Novela de Hoy»—alguna vez había de acertar—publicó en un número, con el título de «Agüero nigromántico», la Cuarta Parte de «Tirano». Por lo tanto, la publicación del libro era esperada.

Pero si no es una novedad editorial, sí lo es literaria. Don Ramón examinó su técnica, sopesó actitudes, quintaesenció frases, y almacenó color para escribir su «Novela de Tierra Caliente».

Cada personaje de ella, es un hombre real que existe en todas partes. El Tirano Santos Banderas; el Licenciado Nachito; el Coronelito Domiciano de la Gándara; el cotorrón Barón de Benicarlós; toda la procesión de personajes, no son de este país o del otro: son gente de *tierra caliente*, que en cualquier parte de cálido clima podemos encontrar, con sus bondades e inquinas, con sus altiveces y bajezas.

Valle Inclán, el que nunca fué popular, pretende serlo en «Tirano Banderas», y no lo consigue más que a medias.

Es popular en el fondo. «Tirano Banderas» tiene en sus entrañas una crítica social; mejor: la obra encierra muchas críticas sociales; mas para llegar a ellas, hay que ahondar mucho, y descarnar personajes, y analizar situaciones. Es popular en el fondo, pero en la forma no. Don Ramón es demasiado poeta para ser popular. Comprende al pueblo, pero no sabe hablarle. El estudio social, hondamente sentido, se desgrana en bellos tópicos y en esbozos de fuerte pincelada, pero de difusas líneas que no llegan al alma del populacho.

Zacarías el Cruzado es un símbolo del amor filial y del deber. Santos Banderas es un hombre. Un verdadero hombre. Cruel, sanguinario, déspota, repulsivo, pero un hombre, y tiene un magnífico gesto paternal.

Al verse perdido, no queriendo que a su hija «la gocen los enemigos de su padre y la baldonen llamándola hija del chingado Banderas», saca del pecho un puñal y la cose con quince puñaladas.

El Barón de Benicarlós es un degenerado que arrastra su depravación por las Cortes absurdas, en su misión Consular.

Entre figuras repulsivas, coloca Valle Inclán a simpáticos personajes. El Doctor Sánchez Ocaña,

que en la misma prisión, lucha por los derechos del indio, es digno de imitación.

Respecto a la forma, Valle Inclán encontró la precisa a la novela: esa forma que tan sólo es de él. Un puro diálogo en el que se va desgranando la acción con breves pero firmes trazos. Los personajes no los presenta; se presentan solos, con un brusco tijereíazo de frase sin oropel. Las situaciones vivas, y el desenlace rápido, como una catástrofe inevitable que nadie puede impedir.

El libro es un acierto y planta un jalón que la actual literatura necesita.

Y terminemos con unas frases de Cejador:

«Bástale con la pintura de la escena, amante de presentarnos los personajes; luego con la presentación de estos, aun antes de ponerlos en acción: tal es el vigor del pincel para colorear el ambiente, para delinear el exterior expresivo de los personajes y de las cosas, del aire mismo que respiran.»

R. Ruiz y Arias.

Un número extraordinario

Nunca tan adecuado el adjetivo como el que se atribuye «Generación consciente» en el número 41 de su publicación que ha lanzado este mes.

Una portada luminosa en la que se reproduce un bellissimo cuadro de Rubens y sesenta y cinco páginas de texto ameno, original e instructivo, hacen el ejemplar extraordinariamente extraordinario. Literatura, arte, ciencia, crítica y discursos de apostolado vital, puesto que por ellos se abren al lector anchos e insospechados caminos tentándole el instinto, «Generación consciente honra a sus editores y a las letras españolas, tan necesitadas de que se las emplee en empeños de cultura y de depuraciones espirituales y físicas.

Hemos recibido un ejemplar de la Guía de Córdoba de bolsillo que ha editado don A. Morales para el presente año de 1927. Se trata de una obra muy útil que contiene el callejero de la ciudad, el calendario y multitud de notas informativas muy interesantes.

Don Marcelino Durán de Velilla, redactor del «Diario de Córdoba», ha editado un folleto titulado «Almanaque Cordobés». Nos ha enviado un ejemplar y cómodamente cumpliríamos dando cuenta simple de su recepción si no nos obligara a un poco más que a eso el nombre del autor, muy conocido y admirado en Córdoba y muy estimado en esta casa.

«Almanaque Cordobés» consta sólo de cuarenta y ocho páginas, portadoras de una sintética noticia de los sucesos más salientes registrados en el año anterior, ofrecen diez opiniones de otros

Tinta china ANG-TSEY

Posee todas las buenas condiciones de las mejores marcas, de un negro concentrado e indeleble.

Inalterable a la luz.

Depositario exclusivo para España: F. MIALET BORRELL
SANTA TERESA, 7 (G).-BARCELONA

tantos señores acerca del porvenir de la ciudad amén de unas poesías, un calendario, algunos grabados y anuncios.

«Almanaque Cordobés», como intento está bien si lo realiza concienzudamente, reposadamente para otro año. El intento llevado a cabo ahora no es nada más que una promesa, muy simpática pero muy débil, de lo que Marcelino D. de Velilla piensa seguir haciendo si el tiempo se lo permite y las clases mercantiles le secundan.

Editado por Spanish American Printing Co.—New York—, hemos recibido un librito titulado «Idilios y Sonetos». El autor, don F. Pérez de Vega, nos lo envía con expresiva dedicatoria. Mucho le agradecemos tan delicado presente.

«Idilios y Sonetos» es como un ramillete de rimas bellas y fragantes.

Correo

Desde ahora responderemos en esta sección a cuantas peticiones o consultas se nos hagan por nuestros lectores, y acusaremos recibo de las cantidades que recibamos.

Afortunadamente para REVISTA POPULAR, es mayor cada día el número de cartas que recibimos relacionadas con esta publicación. Como quienes la hacemos es de otros trabajos que no de los periodísticos, de donde extraemos el pan de cada día, necesitamos realizar en el mínimo tiempo el máximo de cosas. Por eso, en la generalidad de los asuntos, van a perdonarnos nuestros comunicantes que sacrifiquemos la obligada cortesía epistolar y que demos satisfacción a sus demandas desde la sección Correo que hoy inauguramos.

F. M., Pueblonuevo.—Recibido el giro; conformes con el contenido de su carta. Gracias.

J. S., Zamora.—Recibido giro; mandamos libro

F. J., Espejo.—Recibidos los dos artículos; saldrán lo antes posible.

F. M., Madrid.—Con su carta del 10 viene artículo que se publicará después de los otros que usted nos mandó.

J. J. C., Málaga.—Se enviaron los números del día 1.º, pero en vista de su tarjeta repetimos el envío.

J. V. C., Aguilar.—Recibido artículo; fíjese tendencias de nuestra revista y escriba en consonancia.

A. A., Valencia.—Recibidas 3.50.

J. S., Barcelona.—Recibidas 7 pesetas.

M. B., Pasajes.—Recibidas 3.50; mandamos números desde 1.º Enero.

IMP. DE LA LIBRERÍA LUQUE.-CÓRDOBA.

ANTONIO CERVERA GARCÍA

Fábrica de Sellos de Cauchut, Metal y Acero.—Grandes sellos de pasta para marcar envases.—Fabricación de Bolsas de papel para envases y saquitos para muestras sin valor.

Teléfono, 461. - SEVILLA - Boteros, 4 y 6

El papel que se emplea en esta Revista es suministrado por los Almacenes Generales de Papel (C. A.) Tolosa.

Asunto interesante

- Los precios más reducidos
- Los surtidos más extensos
- Los artículos de mejor calidad
- Las confecciones más perfectas
- Las más altas novedades
- Los géneros de más fantasía
- Las clases, coloridos y dibujos más diversos
- Las mayores y más continuas rebajas
- Los más prácticos regalos
- Los tejidos de más duración y resistencia
- Los mejores sistemas de ventas
- La mayor rapidez y seriedad en las operaciones

Todo ello unido, constituye un lema comercial que, inspirado en la limitación de utilidades y en el respeto y consideración a los intereses del público, nos coloca en situación de que todas las clases sociales nos dediquen sus compras, pues ofrecemos la seguridad de que cada comprador es considerado en estos almacenes como un participante en los beneficios.

Almacenes de Tejidos al por mayor y detall

FRANCISCO HIERRO ARAGÓN

LIBRERÍA, 9 Y 11 :-: SUCURSAL LOCAL: JOAQUIN COSTA, 2

SUCURSAL PROVINCIAL: PLAZA DE LAS CORONADAS

(Aguilar de la Frontera)

Acaba de publicarse
EL MANDATO DE UNA CONCIENCIA

— POR —

J. GARCÍA-HIDALGO

3 PESETAS

En breve: RUTAS

DEL MISMO AUTOR

CÓRDOBA Y COMPAÑÍA

FUNDADORES DEL AZUCAR ESTUCHADO

CÓRDOBA

PEGAMIN en Tubos

Es la mejor cola líquida conocida; todo lo pega, madera, papel, vidrio, correa, porcelana, objetos de china, etc.

DEPOSITARIO PARA ESPAÑA

ERNESTO RAMOS.-ESPAÑOLETO, 22.-MADRID

M. AGUADO

MÉDICO FISIATRA

CONSULTA DE 11 A 1

Ambrosio de Morales, 10 pral.-CÓRDOBA

Anís "LUZ"

RUTE (CÓRDOBA)

ANIS "LA ROSA"

VIUDA DE EDUARDO TIRADO

RUTE



La goma de borrar **MIL**
es la más suave y duradera

20 céntimos pastilla,
doble tamaño que las otras marcas,

SEGUNDO MORENO

ALMACÉN DE PAPEL

FÁBRICA DE SOBRES Y CARTULINAS PARA TARJETAS
VENTA AL POR MAYOR

SANTA CLARA, 2

MADRID

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)

SECCIÓN MANIPULADOS

RONDA DE ATOCHA, 23-TRIPLICADO-MADRID

GRAN FÁBRICA DE SOBRES

FÁBRICA DE SOBRES Y RESMILLERÍA

ALMACEN DE ARTÍCULOS PARA ESCRITORIO
LIBROS RAYADOS

HIJOS DE MALDONADO (S. en C.)-Madrid

FUNDICIÓN TIPOGRÁFICA

Richard Gans - Madrid

Máquinas y utensilios para las Artes Gráficas

AGENTE EN ANDALUCÍA ANTONIO URBANO

ALONSO EL SABIO, 6.-SEVILLA

FÁBRICA DE ANISADOS

FRANCISCO DE P. SÁNCHEZ

Especialidad en Anis ZURITO y Anis NEGRITO

RUTE

(Córdoba)

¿Quiere V. escribir bien y comprender perfectamente

..... **T O D O L O Q U E L E A ?**

**Pues esto lo conseguirá usted
teniendo un buen DICCIONARIO**

**VEA V. LA LISTA Y LOS PRECIOS DE TODOS LOS DICCIONARIOS PUBLICADOS POR
Ramón Sopena, editor - Provenza, 93 a 97 - Barcelona**

Diccionario de la Lengua Española

Este precioso Diccionario consta de 772 páginas, 45.000 voces y está ilustrado con 800 grabados.
Edición sólida y lujosamente encuadernada.-Precio: **3,50** pesetas.

Nuevo Diccionario de la Lengua Española

Publicado bajo la dirección de D. José Alemany, de la Real Academia Española.
Contiene 1.270 páginas. Edición lujosamente encuadernada.-Precio: **7** pesetas.

"La Fuente" Diccionario Enciclopédico Ilustrado

Publicado bajo la dirección de D. José Alemany, de la Real Academia Española. Contiene 80.000 artículos, 1.014 grabados, 370 retratos, 100 cuadros, 13 mapas en color, 3 cromotipias.
Precio, encuadernado en tela: **9** pesetas.

Diccionario Enciclopédico ilustrado de la Lengua Española

Publicado bajo la dirección de D. José Alemany, de la Real Academia Española, y de varios reputados especialistas. Contiene 90.000 artículos, 8.000 grabados, 2.000 retratos, 380 cuadros, 77 mapas en negro y en color, 15 cromotipias.-Precio de este Diccionario, lujosamente encuadernado: **18** pesetas.

Diccionario Francés-Español y Español-Francés

(Con pronunciación figurada.) Los dos Diccionarios juntos tienen 1.156 páginas y alrededor de cinco millones de letras.-Precio: **5,50** pesetas.

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés

(Con pronunciación figurada.) Igualmente que el anterior. Este Diccionario es propio para escuelas.-Precio, lujosamente encuadernado: **5,50**

Pequeño Diccionario de la Lengua Española "Iter"

Comprende unas 30.000 voces que constituyen una depurada selección de los términos más usuales del idioma -Precio: **1,75** pesetas.

**De venta en todas las librerías y en casa del editor
Provenza, 93 a 97.-BARCELONA.**

Solicite V. el folleto titulado «Nuestros Diccionarios» y se lo enviaremos franco de todo gasto a vuelta de correo.